—¿Por qué—preguntó la jóven.—Estoy en mi puesto y no le abandonaré hasta el final.

—Admiro vuestro valor, señora. Pero debia preveníroslo.... ahora bien.... El señor marqués era un buen cristiano.... ¿No creeis que es necesaria la presencia de un sacerdote?

Lazarine ocultó el rostro entre sus manos y movió la cabeza afirmativamente.

Un cuarto de hora despues el cura de la parroquia entró con los santos óleos.

Las oraciones de los agonizantes se dijeron en voz baja alrededor del lecho mortuorio.

El cuerpo de Roberto, inerte pero con calor aún, recibió la Extremauncion seguida de la absolucion suprema.

Los latidas del corazon cesaron.....

El marqués de la Tour du Roy entregó su alma á Dios sin haber recobrado el conocimiento.

Lazarine estaba viuda.

XLVII

Durante la noche que siguió á este rápido suceso, la marquesa estuvo inimitable, y no olvidó su papel de viuda reciente ni un solo momento.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

Quiso pasar la noche en la cámara mortuoria, al pié mismo del lecho fúnebre.

Solo cedió ante las reiteradas instancias del sacerdote y de los médicos, y se retiró á sus habitaciones con objeto de dar al cuerpo el reposo necesario.

Una vez en su gabinete, completamente sola y al abrigo de toda mirada indiscreta, la encantadora viuda dió tregua al dolor, secó sus lágrimas y arrojó lejos de sí la máscara que cubria su rostro.

Lazarine estaba *casi* contenta.

No habia experimentado nunca amor por el señor de la Tour du Roy.

La vanidad, y mas que nada la codicia, habia sido el móvil de su casamiento.

Deseaba una fortuna, un título, una posicion social.

Su enlace con el marqués le proporcionaba la satisfaccion de su deseo egoista, y consintió en dar su mano á Roberto por conveniencia.

Hay mas. La eventualidad de una viudez no lejana habia entrado en los cálculos que formaba para el porvenir.

—Seré una viuda rica—se decia.

Y en los actuales momentos pensaba haber ganado el premio mayor á la loteria de la casualidad mas pronto de lo que imaginar pudiera.

Libre á los veinte años, bonita, marquesa y seis veces millonaria.

Un nuevo matrimonio vendria á duplicar, triplicar tal vez, quizá decuplicar su fortuna, porque estaba firmemente resuelta á no contraer segundas nupcias mas que con uno de esos grandes dignatarios del único monarca cuya omnipotencia es indiscutible: *Su majestad el dinero.*

Lazarine sabia de positivo que no bastaba la muerte del marqués para entrar en posesion de los deseados millones, pero sabia tambien que era un ídolo para Roberto, que la queria mas que á nadie en el mundo.

¿Como suponer, en estas condiciones, que se hubiera olvidado de instituirla en un documento escrito, su heredera universal?

Estaba segura de que existia un testamento.

Y creia tambien que se habia otorgado en su favor.

Indudablemente la disposicion testamentaria debia estar en el castillo de la Tour du Roy, en un mueble del tiempo del Renacimiento, donde el marqués guardaba los títulos de famimilia y otros documentos de importancia.

Una fiebre de impaciencia la consumia. El deber, la etiqueta, las conveniencias sociales la obligaban á permanecer en Orleans hasta que se verificasen los funerales. Lo menos en tres

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

ó cuatro dias no era posible ir al castillo, abrir el mueble, revolver sus cajones, poner la mano sobre el precioso documento, romper los sellos que le cerrasen, devorar el contenido y exclamar luego con inmensa alegría:

—¡Todo me pertenece! ¡El mundo es mio!..

La noche entera se pasó en este delirio y formando proyectos para el porvenir.

No faltaron tampoco á Lazarine distracciones al dia siguiente.

El señor Leroux, Raoul, Juana y Renée llegaron muy de madrugada, avisados por telegrama la noche anterior.

Rodearon cariñosamente á la viuda, que volvió á colocarse la máscara y á representar con la misma maestria que la víspera la comedia del dolor.

El antiguo banquero, hombre eminentemente práctico y que ademas conocia bien á su hija, admiraba la perfeccion con que representaba el papel, y no la tomó en sério mas que á medias.

Aprovechando un momento en que se encontró solo con ella, le dijo al oído:

—Mi yerno era en efecto un buen marido. Es oportuno y conveniente que le llores... Eso gusta.... Pero vamos á lo que importa.... ¿Ha hecho testamento?

—En eso estoy. Un dia oí hablar de ello al marqués.....

—Y ¿qué se dispone en ese testamento?

—No lo sé, pero lo adivino. Roberto me queria tanto.....

El señor Leroux se acordó de Héctor Begourde, y respondió maquinalmente:

—Puesto que así lo crees..... tanto mejor.

—¿Vos lo dudais acaso?—preguntó su hija.

—Nó... nó... no hay motivo. Tú tienes serenidad para juzgar friamente las cosas.....

—¡Ah!—dijo la marquesa,—si el señor de la Tour du Roy no me hubiera dejado su fortuna.... si ese viejo á quien he sacrificado mi juventud se burlase de mí hasta el punto de dar á alguno participacion en la herencia.... ¡Oh! ¡Eso seria una infamia?.... ¡No lo habrá hecho, nó!.....

—Así será—replicó el señor Leroux.—Y sobre todo, ¿á qué calentarse la cabeza sin conocer el resultado? Poniéndose en lo peor... te quedaria tu dote reconocida en el contrato.

—¡Un millon!—murmuró desdeñosamente Lazarine.—¡Cincuenta mil francos!.... ¿Una miseria!.... Para lutos.....

Las exequias del marqués se celebraron al dia siguiente con una suntuosidad digna de su nombre y de su riqueza.

Despues de la ceremonia, el señor Leroux y

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

Raoul quisieron llevarse á Lazarine á sus respectivas quintas ó acompañarla cuando menos á la Tour du Roy; pero ella se negó rotundamente pretextando que deseaba estar sola.

En vista de la resolucion de la marquesa viuda, el padre y el hermano político abandonaron el palacio y salieron de Orleans aquel mismo dia.

—Ya se han marchado—dijo suspirando con desahogo.—Ya puedo obrar.

Acababa de dar las órdenes convenientes para disponer la marcha, cuando Dominico le anunció que el notario de la casa solicitaba verla.

—Llevadle al gabinete pequeño—respondió con viveza,—y suplicadle que espere. Que voy en seguida.

El señor Jomard no es del todo desconocido para el lector.

Ya le ha visto antes de hoy discutiendo con el señor de la Tour du Roy las cláusulas del contrato de boda, cuya redaccion se le habia confiado, y defender con energía los intereses de su cliente contra el cliente mismo, oponiéndose á ciertas liberalidades que á su juicio estimaba inoportunas y comprometidas.

Cuando la marquesa entró en el gabinete, se encontró al señor Jomard, que, sinceramente conmovido, la esperaba con cara de duelo.